

El canto de la luz
Otra vez en memoria de Amado Nervo.

"Caras y Caretas", Buenos Aires
 2 abril 1921

7-54

84
 Obras Completas
 tomo VIII

Hay en aquella tragedia bíblica del noble puritano que fué Juan Milton y que se titula «Sansón agonista», o sea luchador, un pasaje (versos 86 al 95) que dice así: «El sol para mí está oscuro y silencioso como la luna cuando deserta de la noche, oculto en su vacante cueva interlunar. Puesto que la luz es tan necesaria a la vida y casi la vida misma, si es verdad que hay luz en el alma, — ella todo en cada parte, — ¿cómo fué la vista confinada a tan delicado globo como el del ojo, tan a mano y tan fácil de ser apagado?»

Esto le hacía decir Milton, ciego, a Sansón, ciego por haberle sacado los ojos los filisteos, sus enemigos, después que por Dalila le vencieron y esclavizaron. «Ciego entre enemigos! — le hace decir el poeta — ¡oh, peor que cadenas, calabozo, pordiosería o edad decrepita!» (versos 68 y 69). ¡Ciego entre enemigos! ¿Y quien entre enemigos, si es noble, no lo está?

Pero lo que nos ha detenido en la lectura de aquel pasaje es lo del sol silencioso — *sun... silent...* — como la luna. Los latinos llamaban luna silenciosa — *silens luna* — a la luna nueva o en conjunción, cuando desaparece a nuestra vista porque la sombra de la Tierra le vela por entero. Leopardi por su parte en aquel su estupendo «Canto nocturno de un pastor errante del Asia» le llama silenciosa a la luna:

*Che fai tu, luna, in ciel? dimmi, che fai
 silenziosa luna?*

Pero aquí quiere, sin duda, decir otra cosa. El pastor errante del Asia no es de creer que se dirigiese a la luna nueva u oscura. Aun cuando se

le descubre también a ésta y es más misteriosa aún que la luna llena.

El Dante, a su vez, nos dice en el canto I de su *Inferno* (verso 60) que se recataba allá donde el sol calla — *mi ripingeva là dov'è'l sol tace* — es decir, donde deja de lucir, donde su luz se apaga. Y en otro pasaje del mismo *Inferno* (verso 28 del canto V) nos dice que llegó a un lugar de toda luz mudo — *io venni in luogo d'ogni luce muto*.

Luna y sol silenciosos... sol que se calla... lugar mudo de luz... Los antiguos griegos empleaban el epíteto de «brillante» — *lamprós* — aplicado a los sonidos y nosotros decimos de un color que es chillón, que chillaba, y de un sonido que es oscuro. Y así es.

¿Canta la luz? Dicen que la estatua de Júpiter Memnón, berroqueña, del Egipto, cantaba al salir el sol, y los que se dan de listos agregan que era el rocío de la noche, retenido entre las hendiduras del granito, el que al ser calentado por el sol naciente zumbaba. ¿Era así? En uno de los «Libros proféticos» de aquel exquisito poeta que fué el dibujante y místico visionario William Blake, en el libro «Milton» hay un pasaje sobre el canto matutino de las aves y especialmente la alondra — la «alondra mañanera» que cantó nuestro Gabriel y Galán — para la que hay en la poesía inglesa otros dos cantos inmortales, uno de Wordsworth y otro de Shelley, afortunado *skylark!* El de Blake

dice vuelto a prosa española: «La alondra posada sobre su lecho terroso, en cuanto asoma la mañana escucha silenciosa, luego lanzándose del ondulante trigal dirige a voz alta el coro del día: zril, zril, zril! subiendo en alas de la luz a la gran expansión, llegando al hermoso azul y haciendo brillar celestialmente a los cielos; su pequeña garganta trabaja con inspiración; cada pluma de la garganta y el pecho y las alas vibra con la efluencia divina; toda la Naturaleza le escucha silenciosa, y el terrible — *awful* — sol se para sobre la montaña mirando a la avecilla con ojos de blanda humildad y asombro, amor y terror. Enseguida, alto, desde sus verdes guaridas, todas las aves empiezan su canto: la malvis, el jilguero, la cardelina y el reyezuelo despiertan al sol de su dulce ensueño en las montañas.

¿Es también el rocío, calentado por el sol naciente, el que hace cantar a la alondra mañanera? ¿No es más bien que la luz canta en ella? Shelley, Percy Bysshe Shelley, por su parte, después de llamarle «alegre espíritu», pues jamás fué ave, le compara a una nube de fuego, a una estrella del cielo, a una luciérnaga de oro, a una rosa entre verdes hojas y... ¿a qué no más? Shelley se embriagaba, como la alondra, con el canto luminoso y con la luz canora. Ni el sol ni la luna estuvieron para él callados nunca.

No recordamos bien qué es lo que nos hayan enseñado sobre el canto de los ángeles ni Swedenborg el visionario ni su discípulo el visionario Blake, pero si que nos ha enseñado algo sobre ello. Mas por nuestra parte llegamos a averiguar — ¿cómo? — y antes de ahora lo hemos revelado a nuestros fieles lectores, que los ángeles cantan, como los grillos y las cigarras, con las alas y no con la boca. ¿Y cómo?

Es la luz increada, la misteriosa luz increada, la que hace sonar a las alas de los ángeles y que éstos así canten. Pero hay también algo de rocío. El rocío de las lágrimas del dolor de los mundos se posa en las alas de los ángeles y cuando asoma el Sol increado su luz hace que ese rocío, al evaporarse, haga sonar esas alas.

Hay en uno de los libros de Amado Nervo — ¡Dios le guarde en su regazo maternal! — en «Los Balcones» un breve escrito: «El hálito del dolor». En él nos cuenta un pequeño éxtasis que tuvo una noche «una de esas maravillosas noches estivales de España» nos dice. Vió desde fuera de la Tierra, que se desprendía lenta, pero continuamente, del orbe de ésta «como un vapor sutil, como un humillo delicado y leve, como una imponderable nébula, como una bruma vaga, como un hálito apenas perceptible, que el planeta fuese dejando en el espacio a medida que efectuaba su traslación en torno del sol. «Y aquella bruma — prosigue — aquella niebla ingravida, al exhalarse de la tierra, al atravesar su atmósfera, era opaca; mas en cuanto salía al espacio, se volvía luminosa, con una luminosidad fosforescente y nacarada, de belleza indecible». Y luego nos dice que es el hálito del dolor humano y que se torna luminoso y sube hasta el núcleo mismo del Universo y es una substancia prodigiosa de la que Dios se sirve para cosas muy grandes, que la condensas y plasma para fines arcanos y eternos. Lo que no nos dice Amado es si le oyó cantar a ese hálito del dolor, a esa niebla del rocío de las lágrimas del mundo, en las alas de los ángeles. Pero nosotros sabemos que sí, que le oyó cantar, que aprendió ese canto y que, como una alondra mañanera, lo cantó poco antes de su alborada final.

El ofertorio de aquel rosario de cantos a «La Amada inmóvil» — su Ana Cecilia Luisa Dailliez (¡qué enorme prólogo en prosa!) — canta así: «Dios mío: yo te ofrezco mi dolor. — ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte! — Tú me diste un amor, un solo amor, — ¡un gran amor! Me lo robó la muerte — ... y no me queda más que mi dolor. — Aceptalo, Señor: — ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...» ¿Y qué es esto más que la alondra moribunda de luz que repite el canto que oyó de las alas de un ángel donde la luz se lo arrancaba al rocío de las lágrimas del dolor eterno?

«Cosas de poetas...!»

Es que los que no son poetas no tienen cosas, sino sombras de ellas y sombras calladas...

MIGUEL DE UNAMUNO

ILUSTRACIÓN DE LARCO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES